



FOTO: Archivo Particular

EL TERREMOTO QUE HABITA EN NOSOTROS

La pluma dorada de La Guajira plasma la página en blanco con la tinta fina de su pensamiento. Desde el alma rota, atravesada por preguntas que duelen y por respuestas que muchas veces hieren más que el silencio, nace esta reflexión. No para señalar culpables, sino para recordarnos que, antes de ser habitantes de un país, de una ideología o de una época, somos apenas una diminuta expresión de la inmensa naturaleza que nos dio origen y a la que, inevitablemente, volveremos.

La tierra ha vuelto a hablar.

No lo ha hecho con palabras ni con discursos. No distingue idiomas, religiones, fronteras, cla-

ses sociales ni sistemas políticos. Habla con el estremecimiento de las montañas, con el movimiento de las placas que sostienen el continente, con el rugido del mar, con el viento que arranca cuanto encuentra a su paso y con la lluvia que, en ocasiones, devuelve a los ríos el cauce que el ser humano pretendió arrebatarles.

Hoy ese lenguaje vuelve a estremecer a Venezuela. *Mañana podrá ser cualquier otro lugar. Antes fueron otros pueblos, otras naciones, otras generaciones.* La historia del planeta es también la historia de una naturaleza que periódicamente nos recuerda que el poder que creemos poseer es, en realidad, una ilusión.



FOTO: N+

Mientras observamos familias buscando a sus seres queridos entre los escombros, niños aferrados a la esperanza y comunidades enteras intentando reconstruir lo que en segundos desapareció, surge una pregunta que trasciende la tragedia: **¿en qué momento el ser humano comenzó a creer que era superior a la tierra que lo sostiene?**

Durante siglos hemos llamado desarrollo a la capacidad de transformar el paisaje. **Hemos perforado montañas, desviado ríos, talado bosques, agotado mares y convertido la naturaleza en una fuente inagotable de recursos para satisfacer necesidades que muchas veces nacen más de la ambición que de la supervivencia.** Construimos ciudades cada vez más altas mientras olvidábamos mirar el suelo sobre el que descansaban sus cimientos.

El progreso ha sido medido por la velocidad con la que edificamos, por la cantidad de bienes que acumulamos y por el poder económico que

concentramos. **Sin embargo, un solo instante basta para que la naturaleza nos recuerde que ninguna obra humana es eterna.**

Aquello que tomó décadas levantar puede desaparecer en un minuto.

Y entonces comprendemos que el verdadero patrimonio nunca fue el concreto.

Fue la vida.

Fue la familia.

Fue el abrazo.

Fue el vecino que arriesga su existencia para salvar a otro sin preguntarle cuál es su apellido, su nacionalidad o su pensamiento político.

Quizá el mayor terremoto no ocurra bajo nuestros pies.

Quizá ocurra dentro de nosotros.



FOTO: El Cambio Colombia

Vivimos inmersos en profundas contradicciones. Defendemos los ríos mientras contaminamos las fuentes de agua que sostienen nuestra existencia. Exigimos respeto por los océanos mientras los convertimos en depósitos de residuos. **Nos conmueve el sufrimiento de un animal cuando aparece en una imagen viral, pero con frecuencia evitamos reflexionar sobre las múltiples formas de sufrimiento que existen en los sistemas de producción, en el trato cotidiano hacia otros seres vivos y en la violencia que también ejercemos entre nosotros mismos.**

Nos duele el maltrato cuando se vuelve visible.

Pero demasiadas veces nos acostumbramos al dolor cuando hace parte de la rutina.

Un niño golpeado.

Una mujer humillada.

Un anciano abandonado.

Un hombre consumido por la desesperanza.

Un bosque incendiado.

Un río agonizando.

Un animal sometido al sufrimiento.

Todo forma parte de una misma fractura ética: **la pérdida de nuestra capacidad para reconocer el valor de la vida en todas sus expresiones. Quizá esa sea la incoherencia más profunda de nuestro tiempo.**

Hemos aprendido a defender causas individuales mientras olvidamos la raíz común que las une.

Porque toda forma de violencia nace de la misma desconexión.

La desconexión con el otro.

La desconexión con nosotros mismos.

La desconexión con la naturaleza.

Los pueblos ancestrales comprendieron, mucho antes que nosotros, que el agua no era únicamente un recurso, sino una presencia indispensable para la vida; que una montaña guardaba memoria; que un árbol ofrecía mucho más que madera; que cada planta contenía conocimientos acumulados durante siglos. **Sus prácticas medicinales nacían de la observación paciente de la naturaleza y de una relación fundada en el respeto, no en el dominio.**



FOTO: El Heraldo

Hoy, en cambio, pareciera que la velocidad reemplazó a la sabiduría.

Industrializamos los alimentos hasta olvidar su origen. **Transformamos la abundancia natural en mercancía. Convertimos la tierra en negocio, el agua en disputa y el dinero en la principal medida del éxito.**

Llegamos incluso a otorgarle al capital un valor superior al de la vida.

Por dinero se destruyen ecosistemas.

Por dinero se provocan guerras.

Por dinero se fracturan familias.

Por dinero se sacrifica la dignidad humana.

Y, sin embargo, ninguna fortuna ha logrado detener un terremoto, contener un tsunami o impedir que el tiempo siga su curso.

Somos profundamente pequeños frente a la inmensidad del universo.

No porque carezcamos de importancia, sino porque formamos parte de un equilibrio infinitamente mayor que nosotros.

Somos naturaleza.

Respiramos naturaleza.

Nos alimentamos de naturaleza.

Habítamos la naturaleza.

Y cuando nuestra existencia concluye, regresamos a ella.

Todo aquello que llamamos posesión termina quedándose.

Todo aquello que llamamos poder termina extinguiéndose.

Solo permanece la huella que dejamos sobre la vida de los demás y sobre la tierra que nos permitió existir.

Por eso, la tragedia de Venezuela no debería despertar únicamente solidaridad inmediata, indispensable en momentos de dolor. También debería despertar conciencia.

No basta con reconstruir viviendas si continuamos destruyendo el vínculo que nos une como humanidad.

No basta con levantar edificios si seguimos destruyendo valores.

No basta con hablar de desarrollo mientras continuamos empobreciendo nuestra relación con el planeta que nos sostiene.

Quizá la igualdad que tanto buscamos no dependa únicamente de modelos económicos o de proyectos políticos. **Tal vez comience cuando comprendamos que todos compartimos la misma fragilidad; que el agua que calma mi sed es la misma que sostiene la vida de otro; que el aire no reconoce fronteras; que la tierra sobre la que caminamos no pertenece a nadie y, al mismo tiempo, nos pertenece a todos como un préstamo temporal.**

La naturaleza no necesita demostrar su poder.

Lo ha hecho desde el origen del mundo.

Somos nosotros quienes necesitamos aprender humildad.

Porque cada terremoto, cada inundación, cada incendio forestal, cada sequía y cada tormenta nos recuerdan una verdad que insistimos en olvidar: no somos los dueños de la creación.

Somos apenas viajeros.

Habitantes temporales de una casa inmensa que nos fue confiada para cuidarla y no para conquistarla.

Quizá el verdadero desarrollo no consista en levantar ciudades más grandes, sino conciencias más nobles.

No en acumular más riqueza, sino en producir más compasión.

No en vencer a la naturaleza, sino en reconciliarnos con ella.

Porque el día en que comprendamos que la tierra no es una herencia de nuestros padres, sino un préstamo de quienes aún no han nacido, comenzaremos, por fin, a reconstruir el único hogar que realmente compartimos.



DELIA
BOLAÑO

X deliabolano